

Codicia

Érase una vez un campesino pobre. Apenas tenía lo necesario para vivir. Un buen día, le sucedió algo maravilloso. Un terrateniente muy rico le ofreció regalarle tanto terreno como pudiera andar durante un día. La única condición era que al anochecer tenía que estar exactamente en el punto de partida.

Al principio el campesino se sentía muy, muy feliz. Pensaba que no era menester todo el día para caminar las tierras necesarias para una asegurada y cómoda subsistencia de su familia. En efecto se levantó de muy buen humor y empezó a caminar con paso tranquilo y sosegado.

Poco después, sin embargo, le vino el pensamiento de que tenía que aprovechar la oportunidad de su vida para adquirir toda la tierra que fuera posible. Se iba imaginando todo lo que podría hacer con la riqueza. Cómo la iba a emplear. Su paso se fue haciendo cada vez más ligero, de suerte que apenas se entretenía en mirar al sol para calcular la vuelta.

Fue ensanchando el círculo para obtener más tierra: aquel prado especialmente fresco, aquel estanque para riego y aquella arboleda de más arriba... Su paso se hizo muy ligero y su respiración jadeante...: finalmente y con las últimas fuerzas llegó al punto de partida, como estaba previsto. Pero ya habían caído los últimos rayos del sol. Era demasiado tarde.